

NADA ES FRUTO DE LA CASUALIDAD

—Por Silvia Palacio de Himitian—

Febrero 24, 2015*

*Fecha de edición para www.comunidadcristianajujuy.com

Ester se movía inquieta en la cama. No podía dormir. Le parecía increíble estar acostada entre sábanas tan finas y rodeada de tanto lujo.

“¿Será verdad o sueño?” murmuró y lanzó un suspiro. “¡Tal vez una pesadilla. . . !” Sus sentimientos eran encontrados. Por momentos, de alegría y entusiasmo. Por momentos, de angustia y extraño temor.

¿Qué hacía ella, una sencilla muchacha judía, sin demasiada educación, en el palacio de las mujeres de rey? Jamás se hubiera imaginado vivir una situación semejante. No podía relajarse. Los pensamientos la invadían en tropel, desprolijos, entremezclados. Volvían en forma recurrente las imágenes de los últimos días. Los delegados del rey buscando en cada ciudad a las jóvenes solteras más hermosas. El momento en que entraron en su casa. Su sorpresa ante la invitación a acompañarlos. La expresión del funcionario principal mientras trataba de persuadirla para que accediera. . . Ella no se consideraba tan bonita como para ser seleccionada. Sin embargo, ¡aquí estaba!

Un temor le apretó el pecho. ¿Y si resultaba elegida? No. No podía ser. Había cientos de muchachas más bellas. Pero, ¿y si sucedía? ¡Ni quería pensarlo! Se le presentó la imagen del rey, severo e implacable. ¿Acaso no había encerrado para siempre en la casa de las mujeres a la reina Vasti? Y sólo porque se había rehusado a asistir a una fiesta en la que el rey y sus amigos estaban ebrios. ¡Quería exhibirla! Seguramente ella se había negado por temor. “Yo tampoco me animaría”, pensó. “¡Y qué hermosa es!” , dijo como reflexionando. La había visto un día en los jardines, silenciosa, con la mirada perdida y embargada por la tristeza. Le recorrió un escalofrío. ¿Qué sería estar casada con un hombre tan terrible? A más de castigar a Vasti había ordenado a todos los maridos del imperio que mantuvieran su autoridad en la casa y que les hablaran a sus esposas como mejor les pareciera. “Pero, de todos modos, yo no resultaré elegida. Estaré con él sólo una noche y no volveré a verlo en mi vida.”

Acariciando ese pensamiento, se quedó dormida.

Mardoqueo se paseaba impaciente frente a la verja. Finalmente apareció Ester por una puerta lateral y se acercó corriendo.

—Disculpa la tardanza, pero han comenzado con los nuevos tratamientos de belleza y he estado ocupada hasta ahora. ¡Ya estoy cansada de tanta cosa!

—No te preocupes, hija. Todo va bien. ¿Has seguido mis instrucciones?

—Sí, al pie de la letra. No le he dicho a nadie que soy judía, ni cual es mi familia, ni que somos parientes.

—¡Bien hecho! Desde que murieron tus padres y te adopté, me he esforzado por hacer de ti una mujer sabia y equilibrada. Creo que tu prudencia y buen criterio te ayudarán en esta ocasión. Confío en que resultes elegida por el rey.

—No lo creo. ¡Son tantas! y cada una sólo se preocupa por ser más y más hermosa. No hay producto de belleza que no prueben, ni cosmético que no manden preparar. ¡Cómo no se pone restricción a los gastos! A mí me causan gracia. Claro, ahora que estoy más tranquila. Antes tenía demasiado miedo.

—¿Miedo a quién?

—Al rey. Es un hombre temible... Aunque tal vez no tanto. Hegai, el custodio principal de las mujeres, me ha hablado mucho de él. Pero, no sé... De todos modos, no me gustaría ser la elegida.

—No digas eso. Aún no sabes con qué propósito te ha traído aquí la divina providencia. Deberías estar preparada para lo que fuera.

—Lo estoy. ¿Sabes?, creo le he caído en gracia a Hegai. Me trata con mucha deferencia. Ha puesto siete de las mejores criadas a mi servicio y supervisa personalmente mis tratamientos de belleza y mi alimentación. También me ha dado las mejores habitaciones del palacio.

—Es un hombre muy entendido. Harías bien en seguir todos sus consejos.

—Justamente ha estado orientándome acerca de cómo presentarme ante el rey y quiere elegir él mismo mi vestuario. Pienso hacer exactamente lo que él me diga. Me inspira confianza. Además, no quiero enloquecerme como las otras que andan de aquí para allá probándose ropa y maquillaje sin saber qué elegir. Aunque, se entiende: cuentan con una sola noche para ganar el favor del rey... En fin, ha sido un año duro para mí. Afortunadamente ya está acabando.

—¿Cuándo te toca presentarte ante el rey?

—En pocos días...

Ester se asomó a la ventana por si veía a Mardoqueo. Quería saludarlo, aunque fuese a la distancia. Pero la noche estaba demasiado oscura. Sin embargo, sabía que esta allí, a las puertas del rey.

Dos doncellas se acercaron para cambiar sus ropas. Una tercera corrió las cortinas. Con mucho cuidado quitaron la corona de su cabeza y la entregaron al oficial tesorero encargado de guardarla, quien se retiró al momento. Mientras la desvestían, Ester procuró mantener su porte real. Estaba asombrada e incrédula aún. ¡No podía ser ella la elegida! Se miró al espejo. ¡Sin duda no se veía tan bella como Vasti! ¡Entonces, por qué el rey la amaba apasionadamente? No se lo explicaba. Lo cierto es que ya era la nueva reina, y se sentía aturdida por la vorágine de fiestas y ceremonias. Quería dormir. Estaba muy cansada. Con todo, la inquietaba un interrogante: “¿Qué hago yo aquí entre esta gente, alejada de mi pueblo y de las sencillas costumbres que tanto amé? Definitivamente, ésta no ha sido mi elección. No sé si las circunstancias o una mano superior me han colocado aquí. Sólo me gustaría entender para qué. Mardoqueo seguramente lo sabe. ¿O acaso no fue su idea que me presentase en el palacio?”

Susa, capital del Imperio. Un enemigo poderoso y cruel, Amán, comenzaba a tramar la destrucción del pueblo judío que habitaba dentro de los límites del imperio persa. Por odios y prejuicios personales que él quería transformar en asuntos de estado para proceder al exterminio.

“Este pueblo tiene leyes distintas y no cumple las leyes de su Majestad. No conviene que siga viviendo en su reino”, le dijo al rey. Y consiguió su anuencia para emitir un edicto decretando la muerte de todo judío, joven o viejo, hombre o mujer y aún los niños. En él se ordenaba la destrucción completa y en un solo día (el 13 de Adar) de todos los judíos del Imperio y la apropiación de todos sus bienes. El edicto fue publicado en todas las provincias y pueblos. El rey y Amán se sentaron a brindar. En Susa reinaba la confusión.

Los hombres que conformaban la guardia personal de la reina Ester llegaron con la noticia. También le informaron que Mardoqueo andaba por la ciudad vestido con ropas ásperas, cubierto de cenizas y dando alaridos. Ella supo que la situación era muy grave, y mandó que lo llamaran. Mardoqueo se negó a presentarse ante Ester, pero le envió copia del edicto y le recomendó que hablara personalmente con el rey para suplicarle que interviniera a favor de los judíos.

La respuesta no demoró. “Hay una ley que condena a muerte a cualquiera que se presente ante el rey sin haber sido llamado, a menos que el rey le extienda su cetro en señal de clemencia. Yo hace treinta días que no he sido llamada por el rey”.

Mardoqueo enojado le hizo llegar este mensaje: “No creas tú, por estar en el palacio real, vas a ser la única judía que salve la vida. Si ahora callas y no dices nada, la liberación de los judíos vendrá por otra parte, pero tú y la familia de tu padre morirán. ¡A lo mejor tú has llegado a ser reina para ayudarnos en esta situación!”

Las palabras sacudieron a Ester, que respondió en estos términos: “Vé y reúne a todos los judíos de Susa para que ayunen por mí. Que no coman ni beban nada por tres días y tres noches. Mis criadas y yo haremos también lo mismo, y después iré a ver al rey, aunque eso vaya contra la ley. Y si me matan, que me maten.”

Ahora sabía por qué estaba allí. Y había tomado su decisión. La divina providencia la había elegido como medio de salvación para su pueblo. Se vistió cuidadosamente y marchó hacia el palacio real. Hasta aquí había ocultado su origen étnico; ya no más. Caminó decidida. Se presentó ante el rey. Obtuvo su favor. Hizo una denuncia frontal de las malvadas intenciones de Amán. Suplicó clemencia para ella y su pueblo. El rey no sólo se la concedió sino que le otorgó un permiso especial para destruir a todos sus enemigos. Y el perverso Amán acabó en la horca.

Antes de dormirse, aún inquieta y excitada por los últimos acontecimientos, Ester reflexionó en su cama. “Nada es fruto de la casualidad. ¡Nada!”. ▽